

Cartas al
Editor

Contribución especial

Guido Mazzotti Suárez
(1961–2005)

From: Guido Mazzotti (mailto: mazzottig@yahoo.com)
Sent: Friday, June 03, 2005. 12:10 pm
To: Renato D. Alarcón.
Subject: Cangrejo.

Querido Renato,

Te escribo estas breves líneas para comunicarte una mala nueva. Me han detectado un cáncer epidermoide de pulmón, extremadamente agresivo, pero ya inicié tratamiento, etc. Me vine a Lima a pesar de que tenía la opción de quedarme en Baltimore, pero al final, creo que fue lo mejor.

Después del golpe, tengo muchas ganas de lucharla y comerme el cangrejo con salsita y todo.

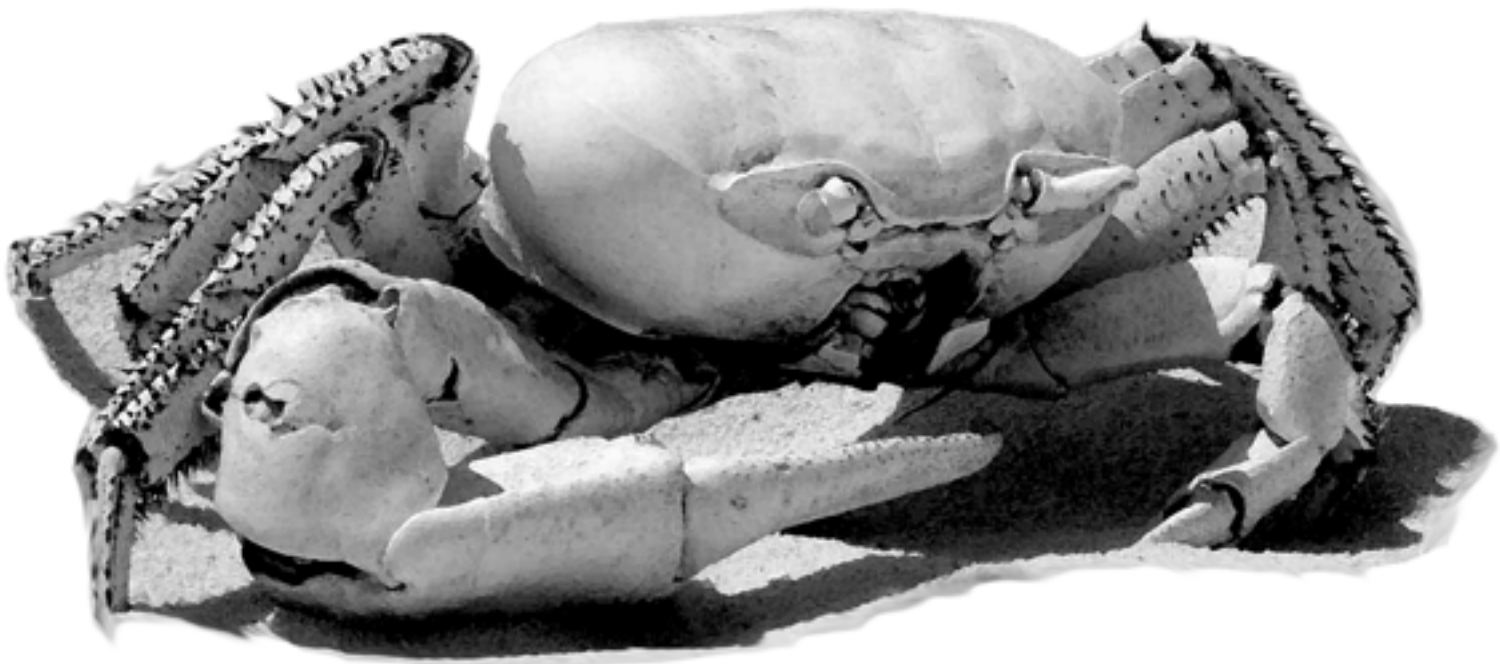
Estoy recibiendo lo mejor y sólo un protocolo nuevo haría que me nueva fuera.

Tratare de avanzar el capitulo en cuanto me pasen los estragos de la primera quimio. Como estaré "encerrado", creo que podremos cumplir dentro de las fechas previstas. Ojalá pueda contribuir apropiadamente a eso.

Hoy salgo de alta y estaré en mi departamento, espero que un poco engreído.

Un gran abrazo y disculpa esta mala noticia.

Guido



Varios de nosotros vimos a Guido por última vez en el Congreso Anual de la American Psychiatric Association en Atlanta, durante la tercera semana de Mayo. Su típico andar, cansino y reposado, estaba entonces afectado por un intenso dolor de cadera que él y sus médicos consideraban secuela osteomuscular de una reciente y rebelde infección respiratoria. Pero Guido lucía contento de estar entre amigos. Él fue siempre un amigo leal, sincero, presto a la broma elegante, al comentario inteligente. Hablaba siempre de sus planes académicos, de la tesis para optar su grado doctoral en Hopkins, del regreso al Perú, de sus proyectos de investigación. Mostró como siempre, su sonrisa fácil, su mirada sutil a veces traviesa, a veces intensa, su calma y su entusiasmo en mezcla que sólo él articulaba con plena naturalidad. Hablamos sobre el capítulo con que nos habíamos comprometido para un libro de Eduardo Correa en Chile. Y nos despedimos con un “chau” de hermano a hermano, con la promesa clara de una de sus frases favoritas: “En contacto”.

Menos de dos semanas después, recibí el mensaje al comienzo de esta nota. Al releerlo, el Guido que siempre quisimos emerge claramente. Conciso, claro, sin ambages ni cosmética retrechera. Valeroso, decidido a “lucharla”, de vuelta a la patria y con los suyos, con fe callada, con realismo abierto, con el anhelo de sentirse “engreído”, acompañado en una batalla que la percibía desigual. Pensando en el trabajo pendiente, deseoso de hacer su parte. Dueño de un diáfano y elocuente sentido del humor, planeando comerse al “cangrejo con salsita y todo”. Y, considerado y respetuoso como siempre, pidiendo al final disculpas por la “mala noticia”. Así fue Guido.

Cuando la muerte arrebató de esta tierra a un ser joven, el dolor y la furia se multiplican con fiereza, las lágrimas caen impotentes en un espiral confuso de preguntas sin respuesta posible y el vacío que queda se hace tan intolerable como la evidencia de nuestra propia fragilidad. Guido Mazzotti Suárez, promesa inequívoca de la psiquiatría latinoamericana, murió en Lima el 1° de Agosto de este 2005, víctima de una enfermedad cruel, veloz y avezada. Me cuentan que Guido se fue en paz consigo mismo y con el mundo que se negó a retenerlo. Ello no me sorprende. Días atrás, hablando de los estragos de la quimioterapia (la llamaba “una vueltita por el infierno”), me reiteraba su determinación de pelearla pero ni él ni yo pudimos evitar los sollozos de la duda. Mas, conociéndolo como creo que lo conocí, hubiera previsto que, ante la evidencia irrefutable, esbozaría su sonrisa buena, musitaría un comentario suavemente risueño con ese su hablar cálido y reposado, e iniciaría una preparación metódica para el viaje postrero. Porque así fue siempre Guido Mazzotti: veraz, valiente, sereno, risueño y digno.

Pero Guido fue también mucho más. Al circular rápidamente por todo el continente la noticia de su partida, los mensajes espontáneos de muchos de sus colegas y el recuerdo callado de muchísimos más, reflejaron de inmediato las calidades humanas y profesionales de un psiquiatra cuyo trabajo apuntaba ya en el horizonte de nuestra disciplina, con luz propia, más allá del estadio de una mera promesa. Su trayectoria, desde su graduación como médico-cirujano en la Universidad Nacional Federico Villarreal en Lima, el año 1986, su entrenamiento en psiquiatría y en investigación en la Universidad Peruana Cayetano Heredia, entre 1987 y 1992, su trabajo en la misma y en el Instituto Nacional de Salud Mental Honorio Delgado-Hideyo Noguchi, hasta la inminente culminación de su carrera doctoral en la Escuela de Salud Pública de Hopkins, este año, tiene --tenía-- el sello de un trabajo fecundo, el sabor inequívoco de un fruto en plena lozanía.

Curiosidad, la herramienta básica del investigador; disciplina, componente clave del quehacer científico; consistencia, el ingrediente fundamental del trabajo académico; motivación social, característica esencial de un ser humano que se considere auténtico, fueron todos parte de la actividad profesional de Guido. Fundador de la Asociación Vía Libre en 1990, una organización no gubernamental dedicada al estudio y asistencia de pacientes con SIDA; editor de la Revista de Neuro-Psiquiatría, una de las más antiguas del continente; profesor asociado del Departamento de Psiquiatría de la Universidad Peruana Cayetano Heredia; fellow en investigación y candidato al doctorado (Ph.D.) en epidemiología en Hopkins donde llegó a ser miembro del Comité de Investigación en la Escuela de Salud Pública; autor de más de 40 trabajos en psicofarmacología, epidemiología genética, investigación clínica y validación de instrumentos; investigador principal o co-investigador en proyectos financiados por, entre otros, fundaciones privadas, la industria farmacéutica y el Instituto Nacional de Salud Mental de los Estados Unidos; miembro, directivo y consultor de varias organizaciones a nivel internacional. Multifacético, comprometido con los valores más altos de su carrera y de su vocación. Así fue Guido Mazzotti.

Y fundamentalmente, Guido fue un peruano, un latinoamericano “esencial”, para usar un término caro a Javier Mariátegui, uno de sus maestros. Su trabajo como co-editor de la segunda versión de Psiquiatría, el texto que creara Guillermo Vidal, me permitió apreciar su entusiasmo, dedicación, visión y energía creativa. Alentó presentaciones del libro en Punta del Este, Lima, México y Atlanta; sé que lo fomentó entre la pléyade de sus jóvenes colaboradores en Lima y entre colegas y amigos a lo largo de nuestra América. Porque, como sucede con muchos de quienes somos miembros, antiguos o nuevos, de la diáspora psiquiátrica latinoamericana, estoy seguro que Guido, nacido en Jauja, ciudad interandina de enorme valor histórico, habría suscrito la intensidad telúrica del Neruda que nos dice:

*Embriaguez de los ríos,
márgenes de espesuras y fragancias,
súbitas piedras, árboles quemados,
y tierra plena y sola.
Hijo de aquellos ríos me mantuve
corriendo por la tierra,
por las mismas orillas
hacia la misma espuma
y cuando el mar de entonces
se desplomó como una torre herida,
se incorporó encrespado de su furia,
salí de las raíces,
se me agrandó la patria,
se rompió de la unidad de la madera:
la cárcel de los bosques
abrió una puerta verde
por donde entró la ola con su trueno
y se extendió mi vida,
con un golpe de mar, en el espacio.*



Guido Mazzotti se ha marchado. La muerte es cruel, pero la muerte de un ser joven es además de cruel, injusta, ilógica. Mas, aun en esas circunstancias Guido nos recordó un poco de ese arte del bien morir para repetirnos que la vida es poesía y es batalla, es defensa de principios, es sabiduría acumulada independiente de edades y latitudes, es decirnos una y otra vez, con Fray Luis de León, que no hay descansos ni rupturas cuando hay convicciones, y es recordarnos con Unamuno, que agonizamos cada día en nuestra búsqueda, que es a la vez extinción, proclama y esperanza. A Guido le sucedió lo que Gutiérrez-Nájera describe:

*Morir y joven
antes que destruya el tiempo aleve
su gentil corona.
Cuando la vida dice aún: Soy tuya,
aunque sepamos bien que nos traiciona.*

Y Guido ha dejado obra que es inspiración, legado y mandato. No quería morir, pero sé, estoy seguro que en sus días finales desplegó el mismo estoicismo de Jaime Campmany, un escritor y periodista español que, tras sopesar sus realidades clínicas, vaticinó su muerte con estos versos de reafirmación personal y conmovedor realismo:

*Entra el doctor ahora con el estetoscopio.
Nunca, amigos del alma, miré hacia atrás con ira.
No me queda siquiera un poco de amor propio.
Oigo un débil susurro. "Se acabó. No respira".*

Guido, amigo: Seguimos en contacto.

Rochester, Agosto 6, 2005
Renato D. Alarcón